001M-2265.qxp:001M-1588.ok 19/5/11 13:16 Página 11

Primera parte

001M-2265.qxp:001M-1588.ok 19/5/11 13:16 Página 12

001M-2265.qxp:001M-1588.ok 19/5/11 13:16 Página 13

El dilema de Benno

Cuando mi abuelo Benno alcanzó los ciento cincuenta centímetros de estatura y su cabeza un tamaño considerable, estalló la guerra entre Rusia y Japón, quizá la más absurda de todas las guerras. Como suboficial del ejército del zar, le ordenaron que acabara con los pequeños, concienzudos y bravos japoneses. El ministro de guerra del zar Nicolás lo hizo llamar a su presencia y le dijo:

—Benno, nuestra amenazada madre patria le exige que acabe con esos japoneses diminutos y traicioneros.

Mi abuelo, riendo entre dientes, se dijo: «Es una guerra imperialista, y yo soy un hombre pequeño».

Aún era más pequeño cuando los cosacos llegaron a su aldea (¿Chlebsk? ¿Chlobsk?), al este de la ciudad de Polotsk, en la gobernación general de Vitebsk. Los cosacos llegaron a una aldea miserable, poblada por un par de centenares de judíos, pobres como ratas, que vivían de venderse trastos usados y vino pascual de contrabando los unos a los otros; a estos había que sumarles algunos miembros de la familia Rotschild que, por alguna extraña razón, se habían quedado en la aldea y en

001M-2265.qxp:001M-1588.ok 19/5/11 13:16 Página 14

las fiestas mayores se dedicaban a los juegos de azar y las obras de caridad, lo cual equivalía a mantener con vida, aunque hambrientos, a sus pobres parientes, como si les estuvieran haciendo la respiración artificial. Los niños de pecho debían acostumbrarse a comer pan negro y cebolla desde bien pequeños. A menudo gateaban entre las piernas de sus míseros progenitores, chupando trapos empapados en vino.

Casi la mitad de los habitantes de la aldea eran bielorrusos. Cultivaban las tierras del *pan** Wissotsky y se rascaban complacidos detrás de las orejas mientras escupían. Algunos pedían préstamos a los Rotschild para comprar pequeñas parcelas de cultivo a los *pan* polacos. Los judíos no podían poseer tierras. A veces los bielorrusos se contrariaban cuando no podían hacer frente a los préstamos de los Rotschild, que eran judíos ricos. Para consolarse, organizaban modestos pogromos en el transcurso de los cuales mataban a decenas de judíos pobres. En una ocasión, un grupo de jóvenes judíos formaron un cuerpo de defensa que partió a Palestina, donde los árabes sufrieron su sangrienta venganza por las atrocidades cometidas por los bielorrusos.

Cuando llegaron los cosacos, pues, los aldeanos trancaron las puertas y permanecieron en el interior de las casas con sus hijos. Los cosacos se llevaron a mi abuelo, que entonces tenía diez años, porque su madre había muerto y a su padre lo habían deportado a Siberia, y quien se hacía cargo de él, de mala manera, era una tía. Mi abuelo se había quedado jugando como un tonto en el camino que llevaba a la aldea. Los cosacos lo rodea-

* «Señor», en polaco en el original. *(N. de los T.)*

001M-2265.qxp:001M-1588.ok 19/5/11 13:16 Página 15

ron y se lo llevaron con ellos, no sin antes firmar un contrato con la tía, el hombre más anciano de la aldea y el rabino, y pagarle, no recuerdo a cuál de ellos, un puñado de rublos a modo de indemnización. En aquel mismo viaje se llevaron también a otros cuatro o cinco chavales judíos y a tres abuelos a los que encontraron jugando a los naipes en el cementerio. El zar necesitaba más soldados y no era cuestión de andarse con remilgos a la hora de elegirlos. Mi abuelo Benno era muy bajito para su edad, cosa que hizo dudar al teniente de los cosacos, pero la chiflada de su tía se apresuró a explicarle que era algo pasajero. De niño, el padre de Benno, contrabandista de profesión, también era extraordinariamente bajo, pero en la adolescencia, y sin que nadie reparase en ello, creció hasta quedarse a tres centímetros de los dos metros de estatura.

(Y la tía no mentía. Cuando el padre de mi abuelo regresó de su presidio en Siberia y vino a Helsinki, a casa de su hijo Benno, los habitantes de la ciudad se volvían para mirarlo al cruzarse con él por la calle y pensaban: «¡Qué judío tan alto y tan feo!». Tenía que agacharse para franquear la puerta de la casa en donde vivía con mi abuelo, y cuando estiró la pata, víctima de una fuerte impresión, en todo Helsinki no encontraron un ataúd lo bastante grande, así que hubo que encargarlo. Y corría prisa pues, al contrario que los cristianos, los judíos no malgastan una semana entera parando mientes en sus muertos, sino que prefieren enterrarlos al día siguiente. Quien se muere, muerto está. Ya volveré a hablar del padre de mi abuelo más adelante.)

Mi abuelo padeció lo suyo por culpa de su estatura, claro, sobre todo desde que lo asignaron a la academia

001M-2265.qxp:001M-1588.ok 19/5/11 13:16 Página 16

militar de la isla de Kronstadt, en el golfo de Finlandia. Allí había, llevados de todos los rincones de Rusia: huérfanos y medio huérfanos, hijos de presidiarios y granujas salidos de reformatorios, y también descendientes de los más bajos estratos de la nobleza que se habían extraviado en los bosques mientras recolectaban bayas.

A Benno lo embutieron en una barraca en la que ya había cuatro jóvenes tártaros (Ymär, Günes, Münir y Tahir), corpulentos y mansurrones; cuatro musculosos muchachotes ucranianos de las inmediaciones de Kiev; un puñado de calmucos y tres ingrios muy rubios que se pasaban la mayor parte del tiempo sentados, mano sobre mano y con los dedos entrelazados. Por último, en el rincón norte de la barraca, se agazapaban dos chicos judíos caucasianos de Daguestán, huesudos y sombríos, tocados con casquetes de piel.

Los daguestaníes apenas hablaban unas palabras de ruso; nadie sabía cuál era su lengua materna. Anton Antonovich Deyatnikov, un catedrático de lenguas uraloaltaicas de la Universidad de San Petersburgo, se personó en el lugar para escuchar la jerigonza, tras lo cual elaboró un estudio científico cuya conclusión era que esta contenía términos del osetio, aspectos modales del kabardino y numerosas variaciones fonéticas de la lengua tártara en dialecto de Astracán.

Los chicos judíos no aprenderían gran cosa de ruso, pero poseían una capacidad innata para el manejo de las armas. En sus manos un fusil se convertía en una extremidad más, un miembro orgánico que se separaba de sus espigados y angulosos cuerpos de manera armoniosa. Les encantaba disparar con cualquier tipo de arma; el ruido de los tiros era lo único que arrancaba

001M-2265.qxp:001M-1588.ok 19/5/11 13:16 Página 17

una sonrisa a sus sombríos rostros. Tras disparar tenían por costumbre entonar canciones de guerra cherquesas.

A mi pobre abuelo le crecían los enanos: en primer lugar, era el más bajo de todos; en segundo lugar, era judío; y en tercero, era el más bajo de todos los judíos, así que era el blanco de un sinfín de maltratos. Los calmucos cabalgaban sobre sus espaldas, los ucranianos lo crucificaban, los ingrios lo amenazaban con cuchillos y los tártaros le daban azotes en las posaderas. Incluso los daguestaníes le lanzaban miradas furibundas, mostrándole los dientes. Él pensaba, entristecido: «Qué desgraciado soy. Pero, en el fondo, es natural. ¿Debo poner la otra mejilla? No saben lo que hacen».

A veces se lo tomaba como un juego, ya que era de carácter optimista. Los muchachos tenían que descargar su agresividad de algún modo. De esa forma, quizá hasta podría evitarse la guerra. No obstante, con el tiempo se formó un poso de ira en su corazón y comenzó a pensar: «En cuanto crezca y sea tan grande como mi padre, os vais a enterar (cojones), me pienso liar a golpes de tal modo que los calmucos van a aullar como hienas, y a los ucranianos les daré con un leño», y cosas por el estilo…

Pasaron los años y Benno creció, pero el resto de los muchachos creció aún más. Mientras él crecía dos centímetros, los demás crecían tres. Crecía a un ritmo regular; exactamente un tercio menos que los demás. Con todo, hizo lo imposible: le pidió al cabo furriel raciones extra y al cirujano, píldoras amarillas. Cada tarde se tiraba una hora colgado de la barra fija del gimnasio, atado por las muñecas y con una pesa de treinta kilos en cada pie. Pero era en vano. Irremediablemente, crecía con más lentitud que el resto. «Más despacio, siempre más despacio —pen-

001M-2265.qxp:001M-1588.ok 19/5/11 13:16 Página 18

saba en sus ratos más esperanzados—, mi padre también creció así, pero durante más tiempo, hasta que pasó de largo a todos los demás. A lo mejor yo también…»

A los catorce años alcanzó el metro y medio de estatura y dejó de crecer por completo, mientras que los demás seguían creciendo. Mi abuelo perdió la paciencia y maldijo a su padre. Después le asaltaron las dudas de que su padre no fuera realmente su padre y él fuera bastardo, así que llegó el turno de maldecir a su madre por haber pecado con un retaco.

Mi abuelo dejó de sonreír a medida que las burlas de sus compañeros iban en aumento. Se fue llenando de un odio triste y, desalentado, comenzó a frecuentar los sábados la sinagoga de los soldados judíos en busca de consuelo. En la sinagoga no encontró consuelo alguno. Dios le parecía un gigantesco varego barbudo que desde su altura, inclemente y acusador, se burlaba de su pequeñez.

—Por todos los diablos, ¿qué miras tan fijamente?, fuiste tú quien me hizo así —se indignó mi abuelo. Y entonces los daguestaníes llegaron en su ayuda.

Se presentaron en la sinagoga el día de Año Nuevo, dejaron sus dagas georgianas en el vestíbulo, entraron muy serios en el santuario, se sentaron con la cabeza alta junto a la pared oriental y observaron el ritual religioso, que difería del caucásico. Mi abuelo se acercó a ellos y les entregó dos libros de oraciones. Miraron recelosos a los libros y a mi abuelo y, acto seguido, se sumaron a la recitación con sus voces ásperas. Todos los demás se quedaron callados y les miraron, menos mi abuelo, que comenzó a cantar con ellos. Tras aullar a todo pulmón durante una hora y media, se hicieron amigos, pero jamás volvieron a la sinagoga.

001M-2265.qxp:001M-1588.ok 19/5/11 13:16 Página 19

Los daguestaníes tomaron a mi abuelo bajo su protección. A dos ucranianos que lo habían dejado pataleando para diversión de todos, colgado por los tirantes de un gancho que había en lo alto de un muro, les dieron una paliza. Amenazaron a los mongoles calmucos con cortarles las orejas si volvían a usarlo como cabalgadura y atemorizaron al resto de los que le mortificaban con terribles amenazas. Todos fueron dejando en paz a mi abuelo.

En señal de agradecimiento, el abuelo les leía pasajes de la Biblia. A los daguestaníes les gustaban las historias en las que los hijos de Israel barrían a los amonitas, edomitas, cananeos y demás. Aplaudían y llamaban «Kabir-Djigiti» a Josué, cosa que significaba «el Gran Jinete». De vez en cuando, los calmucos aguzaban el oído. Ellos también querían oír historias de caballería, así que, sin miramientos, el abuelo puso a cabalgar a la tropa bíblica de Josué al completo, haciendo que aquellos hebreos convertidos en hunos arrasaran la tierra de Canaán cual invencible avalancha, incendiando el país y haciendo desaparecer todo cuanto les saliera al paso. Los tártaros recordaban las historias que les habían contado sus padres sobre el gran imperio tártaro, que incluso había llegado a recaudar impuestos en Moscú, hasta que Iván el Terrible se puso realmente terrible.

A los ucranianos les interesaba la aventura del rey David con la esposa de Urías y las santas disipaciones del rey Salomón con sus cuatrocientas esposas, pero lo que de verdad les hizo suspirar de admiración fueron las experiencias de las hermanas Ahola y Aholiba con el tamaño de los miembros de los caballeros egipcios y asirios. El abuelo leía con atención, procurando no embe-

001M-2265.qxp:001M-1588.ok 19/5/11 13:16 Página 20

llecer la historia. Por aquel entonces, aún carecía de experiencia en aquellas lides. Uno de los ingrios se sabía de memoria la increíble historia de los pecados de los habitantes de Sodoma, y la contó a su modo. Recorrió todo un establo ingrio, del toro al cordero, después continuó por el gallinero y, una vez apañadas las gallinas, se sacó de la manga, para el asombro de la concurrencia, tres animales autóctonos: un camello, un ocelote y un tapir, de los que dio cuenta en un rincón de la cuadra.

La popularidad del abuelo Benno creció. Tenía una voz bonita, sabía entonar con firmeza y dramatismo. Los muchachos le pidieron que leyera en voz alta muchos otros libros. Les leyó *Infancia*, de Tolstói, *Padres e hijos*, de Turgénev, *Un héroe de nuestro tiempo*, de Lérmontov, Goncharov, el *Zaratustra*, Marx y Homero. Entonces alguien le delató.

Le cayeron treinta días de arresto riguroso y veinte latigazos por leer en voz alta libros impíos y subversivos. Al regresar al barracón tras haber sufrido el castigo, los muchachos le aclamaron con vítores, le hicieron entrar y le ofrecieron un trago. Luego le pidieron que les leyera algo. Habían pasado todo el mes muy aburridos, sin escuchar otra cosa que historietas de mujeres y conciertos de pedos. El abuelo prometió que leería, pero ellos debían ayudarle. Había decidido volverse temerario; pequeño, pero peligroso.

Pidió a los daguestaníes que le enseñaran a gruñir y disparar. Los calmucos le enseñaron a cabalgar a pelo, los tártaros, a usar la espada, los ucranianos, a bailar, y los finlandeses, a echar maldiciones.

«Un hombre pequeño necesita un arma más larga», pensó el abuelo, y se fue a hablar con el cabo furriel.

001M-2265.qxp:001M-1588.ok 19/5/11 13:16 Página 21

—Un hombre pequeño necesita un arma más larga, mi cabo.

—Tú lo has dicho, Judas, eres pequeño.

—Los sables de los soldados tienen todos la misma longitud, mi cabo.

—Tienes un sentido de la observación muy fino, pequeño Salomón; todos los sables son de la misma longitud. ¿Por qué? Yo te voy a decir por qué. Porque los soldados del ejército del zar son todos iguales. No hacemos distinciones entre los defensores de la Gran Rusia; entérate, medio asesino de Cristo.

—Pero ya que soy tan pequeño…

—¿Qué quieres, un sable más corto? De ninguna manera. Al zar no le hacen falta soldaditos de plomo. Es el sable el que hace de ti todo un soldado. La escuela de los hombres. Resignación. Hay que resignarse. El diablo te llevará consigo si no lo haces. Él te tienta. ¿No serás un navajero de tres al cuarto…? ¿Pensabas meterte entre las piernas del enemigo y cortarle el prepucio a cuchilladas, *durak*?* Je, je, de ninguna manera... Y cuando luchemos contra los turcos, ¿qué les vas a cortar, entonces?

—No, más corto no, mi cabo, sino precisamente más largo, al menos un tercio más, ¿de qué otro modo podría yo alcanzar a los enemigos de la madre patria?

—Dios santo, ¿hablas en serio, meñique de Abraham? ¿Qué puedo decir al respecto? Oye, te tengo calado, tramas algo, alguna artimaña de judío, dilo claro, confiésalo…

—¿?

* «Tonto», en ruso. *(N. de los T.)*

001M-2265.qxp:001M-1588.ok 19/5/11 13:16 Página 22

—¿No? Si no es así, habrá que pensar en el asunto. Vuelve mañana. Qué cosa tan rara. Siempre pensando en diabluras. ¿O no? ¿No? Mira, te digo… Soy una buena persona. Pregunta a los tártaros de Crimea, a los turcos muertos. Jojojó. En Bulgaria, en el año 78, también en el paso de Shipka…

Al abuelo le dieron un sable más largo. Lo arrastraba por el suelo al caminar, pero, a fuerza de ejercitarse obstinadamente cada día, se convirtió en un temible espadachín, temible para sus adversarios, para quienes marchaban junto a él y para sí mismo. Los daguestaníes intentaron enseñarle a abatir de un disparo una paloma al vuelo, pero a pesar de sus heroicos y encomiables intentos, el abuelo jamás aprendió a volar. Ni siquiera desde el suelo es fácil acertar a una paloma; se trata de un animal inquieto que no deja de dar brincos de un lado a otro. Bajo la tutela de los calmucos, poco a poco, Benno aprendió también a cabalgar, aunque al principio le daba un miedo terrible, porque los caballos eran tan altos que tenía que subirse a una silla para encaramarse a sus lomos. Como era tan ligero, los caballos le tenían en mucha estima. No se encabritaban ni le hacían perrerías. En poco tiempo su progreso fue tal, que le asignaron su propio rocín, al que bautizó con el nombre de *Moses Mendelssohn*, «el Caballo de las Luces» *Moses Mendelssohn*.

Adquirió más fortaleza física practicando la lucha libre finlandesa, disciplina que le enseñaban los ingrios: la levantada, el bombero, el brazo martillo, la vuelta de cadera, el cruce de tobillos, la tijera, la rusa, la pasada

001M-2265.qxp:001M-1588.ok 19/5/11 13:16 Página 23

atrás, el derribo frontal, y el pellizco, cuando no mirase el juez. El abuelo incluso ganó el campeonato de lucha del ejército en la categoría de pesos ligeros. En el transcurso de un par de años había desarrollado una hermosa musculatura; a decir verdad, no tardó en convertirse en el hombre más atractivo de todo el pelotón —proporcionalmente, vamos, en su propia categoría, es decir, teniendo en cuenta su tamaño—. Se dejó crecer largos bigotes y adoptó una mirada furibunda. De buena gana dejaba que le sacaran fotografías; en ellas aparecía con el torso descubierto o en calzas, o con el uniforme militar, siempre solo y con un fondo escogido (a conciencia). De haberlo juzgado solo por sus retratos, se le habría podido tomar por un hombre de dos metros.

Aquellas fotografías darían forma al destino de mi abuela. Algunas habían llegado hasta Helsinki, donde fueron a parar a sus manos. Mi abuela se encandiló con el apuesto atleta y comenzó a cartearse con él. Los dos decidieron enamorarse por correspondencia.

El abuelo tenía entonces dieciocho años. Era capaz de subirse a lomos de *Mendelssohn* dando un salto mortal completo por encima de su cola. Tenía el grado de soldado de primera clase y, después de tres años de enseñanza musical en el ejército del zar, era, oficialmente, corneta soldado primero de la caballería del zar, por ese orden.

El abuelo Benno solicitó el traslado al Regimiento de Caballería Zarista de Helsinki en el Gran Ducado de Finlandia, ya que había decidido casarse con la abuela.

El traslado le fue concedido, pero antes debía completar sus estudios de corneta, ya que solo los cornetas licenciados podían contraer matrimonio. El primer mo-

001M-2265.qxp:001M-1588.ok 19/5/11 13:16 Página 24

vimiento del concierto para trompeta de Händel era parte obligatoria de los estudios. Benno apretaba la corneta entre los labios y practicaba sin cesar; ese mismo año, consiguió aprenderse a trancas y barrancas todo el primer movimiento. Se creía preparado para la gran prueba.

No obstante, su exagerado optimismo le pasó factura. Durante el examen de graduación sufrió un ataque de pánico y ya en los primeros compases se equivocó. El taa-tit-taa-tit-taa-tittaa-tit-taa de Händel acabó convertido en el taa-tit-taa-tit-tat-tatitatitaa de la primera sinfonía de Mahler.

—¡Puñetero imbécil! —gritó el comandante músico J. A. Garbayev, presidente del tribunal examinador—. ¿Qué demonios le pasa? Me sorprende usted sobremanera, jovenzuelo… Benno, se llama usted, debería darle vergüenza, con el agravante de que pertenece al mismo pueblo que nos ha dado a Anton Rubinstein, Felix Mendelssohn, Hugo Wolff...

Von Sphalen, el pianista acompañante, sintió una punzada en el corazón:

—Mi comandante, permítaseme señalar que Wolff, el compositor, desciende de los alemanes del Volga.

—Alemán o judío, ¿a quién le importa? —bramó el *eslavósofo* Garbayev—. Un antepasado de los Habsburgo, Rudolf de nombre, era un judío de Alsacia que fue buhonero.

Von Sphalen se mordió los labios, horrorizado.

—Y en lo que a usted respecta, Benno —prosiguió Garbayev sin inmutarse—, usted... usted... usted... es tonto de capirote...

Y así pudo marcharse el abuelo.

Cuando se despidió de sus camaradas, todos tenían lá-

001M-2265.qxp:001M-1588.ok 19/5/11 13:16 Página 25

grimas en los ojos. Los daguestaníes salmodiaban con tristeza y le dieron de recuerdo un máuser serbio plateado (el mismo con el que, en Helsinki, Benno dispararía por accidente a la abuela en el mentón; la bala salió por la mejilla derecha sin dejarle ni un rasguño). El propio Benno estaba muy emocionado. Con el corazón en un puño, no dejaba de repetirse: *«Partire é un po' morire»*.

Nunca me contaron qué pensó la abuela al ver por primera vez a Benno en el muelle de Katajanokka. La abuela era una mujer de considerable tamaño. A buen seguro, sus sentimientos fueron contradictorios: «Conque las fotografías no engañan, ¿eh? A mí me han estafado..., tan, tan pequeño..., cómo ha debido de sufrir..., le hará falta mucho cariño... Ojalá fuera más alto... ¿Y cómo tendrá el…? … hasta el hombre más pequeño crece cuando está tumbado… ¿Qué hago, lo cojo en brazos?». El abuelo se puso pálido, se le nubló la vista, le ardían las sienes. «Mira que soy burro, no haber contado con esto. Todo se ha echado a perder. La he perdido antes de que llegara a ser mía», pensaba, contrariado.

Estuvieron media hora quietos, mirándose en silencio. La multitud había desafiado el ucase del zar y los golfillos corrían a su alrededor, gritando improperios. En Zúrich, Lenin concebía grandes planes. Un tren de mercancías pasó entre ellos con un ruido ensordecedor. No se movieron. ¿Quién de ellos daría el primer paso y en qué dirección?

Un sociólogo que pasaba por allí se dijo para sus adentros: «Una información insuficiente durante los estadios primarios de la relación puede conducir a ciertas des-

001M-2265.qxp:001M-1588.ok 19/5/11 13:16 Página 26

viaciones acumulativas en lo que a expectativas se refiere, las cuales, si aplicamos el Modelo de Lazarsfeld, dificultan el nacimiento de un marco común comparativo, y en lo que a la dinámica de grupo se refiere, la formación de criterios externos y objetivos».

Dedicó una mirada enfurecida a Benno, le hizo un gesto brusco de compasión a la abuela con su bastón de bambú, se encogió de hombros y retomó el camino.

El abuelo dio el primer paso. En tales circunstancias, era el único movimiento acertado. Se protegió el flanco con el caballo, amenazó a la reina con el alfil, se puso de puntillas y besó la mano de la abuela, sujetándola un instante entre las suyas, y la miró con ojos de cordero degollado. Durante todo ese tiempo, guardó un silencio dramático. De repente, le soltó la mano, dio tres zancadas hacia atrás, se cuadró y le hizo un saludo militar, dio media vuelta a toda prisa para ocultar sus lágrimas, y se alejó con paso decidido hacia el Cuartel General de la Marina guiado por el instinto, con la capa ondeando al aire, arrastrando el sable. La abuela se quedó en el muelle, boquiabierta. Contempló la figura del abuelo que, al alejarse poco a poco, iba recobrando su porte. Debía de estar un poquitín enamorada.

El abuelo no dio señales de vida durante un mes, pero había tomado la firme determinación de ganarse el amor de la abuela, costara lo que costase. La abuela le había causado una honda impresión, y no solo por su estatura. Era una mujer hermosa. Rubia y de nariz respingona, tenía unos ojos de mirada cálida y no le faltaba ni un solo diente. El abuelo se puso a elaborar planes retorci-

001M-2265.qxp:001M-1588.ok 19/5/11 13:16 Página 27

dos y de gran dramatismo. Le enviaría un cachorro de lince que pareciera un león, con un collar al cuello en el que habría hecho grabar su nombre en letras doradas: Benno.

«Es una mujer inteligente —se dijo el tocayo del lince—, comprenderá su simbología: pequeño y suave, pero con el corazón de un león..., de un lince, quiero decir...» La empujaría al mar en el muelle de Kauppatori cuando nadie se diera cuenta y luego la salvaría. Otra opción era arrojar en su lugar al lince y salvarlo. Sí, eso era lo que debía hacer. Y cuando el lince creciera y se hiciera grande, él la salvaría de sus garras...

«Ay —pensaba desconsolado—, qué difícil se me hace acercarme a esa mujer.» Benno tenía miedo de que, dijera lo que dijese o hiciera lo que hiciese, ella fuera a reírse de él.

Transcurrió un mes entero, y el abuelo seguía sin saber qué hacer, aunque, en realidad, sin ser consciente de ello, había alcanzado la mejor de las soluciones, ya que, en estos casos, la espera es lo que de verdad funciona…

La abuela estaba sorprendida por el extraño comportamiento del abuelo, y esperaba impaciente a que diera el siguiente paso. Como el abuelo no hacía nada, al principio pensó enternecida: «Pobre hombre, se debió de asustar al ver lo alta y hermosa que soy; tendría que haberlo pensado, ahora ya no se atreve a acercarse a mí».

001M-2265.qxp:001M-1588.ok 19/5/11 13:16 Página 28

Pasadas dos semanas, una ligera incertidumbre se instaló en su corazón. ¿Y si fuera todo lo contrario y la decepción no se debía a su lamentable diferencia de estatura...? ¿Y si no tenía nada que ver?

A las tres semanas, la abuela estaba convencida de que el abuelo tenía otra mujer, mucho más hermosa e incluso más alta que ella. La abuela, asustada, se abalanzó ante el espejo y se miró fijamente. Se soltó la hermosa cabellera, que le llegaba hasta el suelo, contempló sus ojos azules y su boca llena de dientes, a los que dedicó una sonrisa, dio un par de coquetos pasitos de baile, con sus puntiagudos pechos erguidos, giró varias veces sobre sí misma, mientras la falda de seda dejaba entrever sus finos tobillos y sus esbeltas pantorrillas. Meneó las caderas, se llevó las manos grácilmente a las rodillas, ladeó la cabeza y le preguntó al espejo:

—*Zog mir, zog mir, Spiegele, hostu gezein a scheinere?**

Por un instante, su imagen palideció y pareció desconcertada.

La abuela quería estar completamente segura, así que le pidió la opinión a su amante, que estaba sentado en un sillón, leyendo el *Novy Mir*.

—Mischka, querría preguntarte...

Mischka se volvió hacia ella.

—Mischka, soy... (y esto te lo pregunto como quien no quiere la cosa, porque, como comprenderás, en realidad no me importa) en fin, ¿soy guapa?

* «Espejito, espejito, ¿quién es la más hermosa?»; en yidis en el original. *(N. de los T.)*

001M-2265.qxp:001M-1588.ok 19/5/11 13:16 Página 29

Sin levantar los ojos del periódico, Mischka se inclinó para acariciar detrás de la oreja a un pequeño lince, llamado *Mischka*.

—Querida, eres la mujer más maravillosa del mundo. Y me quedo corto.

La abuela sintió que se quitaba un enorme peso de encima. El lince se sobresaltó. Mischka alzó los ojos hacia la ventana. La abuela le dedicó una mirada de agradecimiento y se acercó a él, le besó una oreja, y luego la otra, pero no podía olvidarse del abuelo.

Una semana más tarde, el abuelo estaba abrevando a *Mendelssohn* en la bahía de Töölönlahti, cerca de la mansión de los Karamzin, con la esperanza de vislumbrar el famoso buque de guerra *Aurora*. Por su cabeza, no obstante, cruzaban otros pensamientos: cómo acercarse a la mujer de cabellos rubios y pecho erguido que tanto añoraba su corazón. Benno dejó que su caballo chapoteara a sus anchas entre los juncos y se sentó a fumar en la hierba. «Siempre se puede impresionar a una mujer, basta con encontrar el modo adecuado. ¿Y si cabalgo a su alrededor haciendo el pino sobre el lomo de mi caballo? ¿Y si le toco una serenata a lo mariachi con la corneta debajo de su ventana? ¿O le hago un discurso sobre la interpretación del Talmud de Maimónides? ¿Y si asesino al gobernador general? ¿Qué pensaría? Pero ¿acaso piensa? Para seducir a una mujer, primero hay que conocerla, he ahí el dilema. ¿Cómo puedo conocerla? Esto no tiene arreglo... Qué hambre tengo.»

El abuelo se quedó mirando distraídamente un pato muy orondo que atravesaba la hierba en dirección al paseo. Por un momento caminaron a la par, de la misma guisa. El abuelo iba pensando en el embrollo con la

001M-2265.qxp:001M-1588.ok 19/5/11 13:16 Página 30

abuela. El pato apretó el paso. El abuelo se quitó el cinturón. Se acordó de un sueño que tuvo con una mujer. El pato llegó al paseo, deslizándose por debajo de la valla. El abuelo hizo un lazo con el cinturón. En el sueño, él le quitaba el sujetador a su amante. Siguió al pato hasta el paseo. Había empezado a mordisquearle los pezones. Se pasó la lengua por los labios y, ensimismado, deslizó el lazo por el cuello del pato. El pato, cada vez más inquieto, aleteó furioso. Cuando la mano del abuelo ya se deslizaba entre el aterciopelado vientre de la mujer y su calzón de seda, el pato comenzó a parpar como loco y a darse golpes contra las piernas del abuelo, al cual se le cayeron los pantalones hasta los tobillos. Enfadado, dio un tirón, apretando el lazo. El escándalo cesó de inmediato, el animal dio un par de aleteos, el oxígeno dejó de llegarle al cerebro y los ojos se le salieron de las órbitas mientras su vida entera, sin interrupciones, pasaba veloz, como una película, ante los ojos del abuelo. Este levantó la mirada y vio que una mujer se dirigía hacia él con el aliento entrecortado y lágrimas en los ojos. ¡La abuela!

La abuela se detuvo a un par de metros de él y el pato. Se oía el frufrú del caballo entre los juncos. De lejos llegaba el rumor de los obreros en huelga que marchaban por las calles. Un pequeño y triste soldado, unos pantalones caídos, un pato asfixiado, una mujer adorable, un caballo militar, el código penal militar, la rebelión Decembrista... No es fácil ser judío.

El abuelo Benno le tendió el pato a la abuela, que lo apretó en su regazo, lloriqueando. Con gran dignidad, el abuelo se subió los pantalones y se los abrochó con un imperdible. Se acordó de los daguestaníes y palideció.

001M-2265.qxp:001M-1588.ok 19/5/11 13:16 Página 31

Desenvainó el sable, lo miró, calibró su peso en la mano. La abuela aún gimoteaba. Entonces el abuelo se acordó del inmortal poema de amor de Pushkin. Volvió a envainar el sable, y su voz resonó, apacible, resignada:

> *—Ja vas ljubil...*
> Sí, yo os amé: y en mi alma delirante
> aquel amor no se extinguió quizá.
> Mas no tengáis temor en adelante:
> no quiero ya afligiros nunca más.*

Llegado a este punto, la voz del abuelo se quebró por la emoción. Muy a tiempo, porque había olvidado cómo seguía el poema. La abuela soltó un gemido y, arrojando a un lado el pato, se arrodilló ante el abuelo y lo besó. Este la levantó con sus poderosos brazos y la llevó hasta la orilla, donde el caballo acababa de salir del agua. Poco después, estallaría la guerra entre Rusia y Japón.

* Traducción de César Ástor e I. Brey. *(N. de los T.)*